

## CAE EL MONSTRUO DE PIES DE ARCILLA... Y MADERA

**E**SA noche la pasamos en la tienda de un gachupincillo del rumbo de la Concepción, que cedió á mi maestro dos camas en un cuarto infecto.

Al día siguiente, á eso de las diez, me encaminé á una casa de Corpus Cristi. El zaguán era amplio, jahirrado de blanco, con espaciosa escalera de piedra que ostentaba en el descanso la figura de un perrazo en actitud de ladrar.

El portero tocó dos veces la campana para indicar que había visita; una criada me introdujo á la *asistencia* con alfombra rameada, cortinas de cretona, floreros de porcelana azul y rosa, ajuar forrado de cerda y reloj de cuco con dos figuras de salvajes que se guiñaban mutuamente los ojos mientras se abría la puertecilla y salía la paloma á hacer sus ceremonias y á cantar su cancioncilla. Un canario llenaba el aire con sus trinos, que se desgajaban como cascada de notas alegres.

Sentí el crujir de una falda almidonada, el abrir y cerrar de varios cajones. A poco apareció, vestida de blanco, con aspecto de limpieza, de alegría y de juventud, mi excelsa amiga Anarda, la musa de mis hazañas, la inspiradora de mis altos hechos, la que me había obligado á soñar despierto tanto tiempo.

— Padre, ¿en qué puedo...? ¡Juan, por Dios, qué atrocidad!... Venir á esta casa, en ese traje... exponerse así...

Y me tendió su mano fría, suave y linda, que yo besé con transporte amoroso.

— ¡Vaya una locura haber venido así y sin avisar!... Pero déjeme usted ver... no nos espíen.

Y se levantó á cerrar con cuidado puertas y ventanas.

— ¿Qué tal Comonfort?

— Pues nada sé de él. Por su orden he venido haciendo larguísimas estancias en el camino, y ahora llego como tonto en vísperas.

— Pues Santa Anna acaba de volver de Michoacán, donde no se resolvió á ponerse frente á frente de don Ignacio; don Santiago Vidaurri, secretario del gobierno de Nuevo León, tomó á Monterrey; Cadena, Suárez, Camargo y Güitián, han sido derrotados; Llave se levantó al fin en Orizaba; Villaseñor é Hinojosa andan en armas contra el Gobierno en Autlán... En fin, que esto es asunto de días, nada más que de días. Yo no le doy un mes de vida al Gobierno.



Hace poco Santa Anna convocó al Consejo y le pidió dijera si era llegado el tiempo de expedir una ley constitutiva de la República, y en caso afirmativo, quién debe expedirla.

El Consejo ha tenido la candidez de contestar que debe haber Constitución y que Santa Anna ha de ser quien la dé; pero esto sólo ha bastado para que caiga sobre el Consejo la nota de desafecto, pues poco falta para que se diga que está coludido con los revoltosos de Michoacán y de Guerrero.

Salí de casa de mi amiga grandemente confortado; comuniqué á Suárez las noticias y él añadió otras de más importancia.

Ese día, algo más envalentonado, me corté el pelo al rape y dejé mi disfraz eclesiástico. Cuando me entraban el chocolate, apareció Cuevas radiante de gozo.

— ¡Albricias, Juanillo! este maldito desorden de cosas se acaba, se acaba más que de prisa: Comonfort ha tomado á Zapotlán, haciendo extremos asombrosos de valentía; Colima ha abierto sus puertas al grande hombre providencial, y Guadalajara no tardará en caer en sus manos.

— ¿Y Santa Anna?

— El cojo inmundo está que no le llega la camisa al cuerpo. Ya se designan los regimientos de la guardia que han de acompañarle á Veracruz; ya salió su familia para

el puerto; ya se están haciendo líos de equipajes en las bodegas de palacio. ¡Viva la libertad! ¡Muera la dictadura!

Salí á la calle creyendo no encontrar vestigios de régimen santanista; pero como si el diablo lo hiciera, al llegar á la librería de Andrade vi que las gentes se arrebatában de las manos ejemplares de *El Universal*. Reproducía una circular del *Diario Oficial*, en que se hacía saber eran mentira los absurdos rumores propalados por los anarquistas sobre huída de S. A. S., sazónando la noticia con durísimos comentarios contra los enemigos del Gobierno.

Al mismo tiempo oímos batir marcha en Palacio, y vimos pasar una descubierta de cien dragones y un coche en que se mostraba enhiesto y seguro el propio Santa Anna, siendo saludado y aclamado por todo el mundo.

Pasé dos días indeciso; pero Suárez, que tenía noticias para estar al cabo de todo, me confortaba llevándome con amigos suyos que daban la caída como cosa segura.

El día nueve de Agosto, apenas había amanecido, Nicolás entró á mi cuarto delirante de gozo.

— El déspota se ha escapado, se acaba de marchar; yo le he visto salir en compañía de su estado mayor y de una escolta de lanceros... ¡Loado sea Dios! La libertad se implantará, y los que hemos sufrido por ella quedaremos recompensados. ¡Viva el plan de Ayutla! ¡Muera la nefan-



da dictadura! Y al decir esto arrojó por los aires el sombrero gris que portaba.

Me reí de un entusiasmo tan desusado, y me levanté violentamente para dar la noticia á Suárez Navarro, que aquella noche dormía en una accesoria del Puente de Pipis.

— Ya me lo esperaba, me dijo; pero mis noticias eran de que esto no se realizaría hasta fines del mes. Bien merecido se lo tiene este ingrato...

Los días diez, once y doce la noticia empezó á correr con distingos y reservas. El trece no cupo duda ninguna de que lo ambicionado por todos se había realizado, y se oyó un ¡uf! de alivio que salió lo mismo del pecho de amigos que de enemigos del Gobierno recién venido al suelo.

No sé quién colocó en la Alameda una casilla para recoger votos á favor del plan de Ayutla.

En un momento se llenaron muchísimos pliegos en que se acompañaban las firmas con alabanzas á la futura dirección de los negocios é insultos al régimen caído.

El júbilo brillaba en todos los semblantes; los ciudadanos se abrazaban con efusión, se dirigían la palabra gentes desconocidas, y todos hacían augurios lisonjeros.

Allí estaban los que acababan de salir de los calabozos en que los había encerrado el tirano, los que habían escapado en un escondite de las pesquisas de los esbirros, los que volvían del destierro.

Todos lanzaban gritos de entusiasmo, palabras de patriotismo, discursos sentidos en favor de la libertad y de la unión.

No había ebrios, ni asesinos, ni ladrones, ni blasfemos; reinaba la mejor intención en todos los discursos; no se hablaba más que de felicidad pública, de amor de todos para todos.

Los oradores habían atraído un inmenso concurso, que no hacía sino aprobar todas las proposiciones sabias, sensatas, discretas y patrióticas que se formulaban.

Alguien dijo que era menester organizar la milicia cívica, quitar la defensa del pueblo de manos de un grupo privilegiado, y sin tardanza se acordó ir á pedir armas para dotar de ellas á los ciudadanos que habían de dar garantías á la población.

La muchedumbre siguió por las calles de San Francisco, Profesa y Plateros hasta llegar á la Plaza de Armas.

Alguien lanzó un nuevo discurso suplicando á los congregados se portaran magnánimos y generosos; pero no eran menester excitativas en ese sentido.

Por un grito de *¡Muera Santa Anna! ¡Abajo los tiranos! ¡Mueran los espías! ó ¡Mueran los agiotistas!*, se lanzaban vivas hasta el fastidio: *¡Viva la libertad! ¡Viva el pueblo! ¡Viva la República! ¡Viva la revolución! ¡Viva Comonfort! ¡Viva Díaz de la Vega! ¡Viva Alvarez! ¡Viva Degollado! ¡Viva Vidaurri! ¡Viva Haro y Tamariz! ¡Vivan los caudillos*

S. A. SERENÍSIMA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
CALLE 1625 MONTERREY, MEXICO



*del pueblo! ¡Viva el ejército! ¡Viva la prensa liberal!... viva todo lo existente, pues en aquel momento no había odios, ni recriminaciones, ni malas voluntades.*

Los carruajes que encontraban á la multitud desahacían su camino y le cedían el paso, y esa muestra de deferencia era saludada con aplausos y nuevos vivas.

Al pasar por la calle de Plateros, los manifestantes se encontraron á unos cargadores que conducían veinte ó treinta talegas de pesos. Nadie pensó en apoderarse de ese dinero; el pueblo se contentó con gritar vivas á la honradez y mueras á los ladrones.

Al llegar á la Diputación, subieron cuantos cupieron. Los que llevaban comisión de hablar con el encargado de la ciudad, le presentaron el acta de la Alameda. Alguien leyó las proposiciones aprobadas, y á poco vimos encaramarse á la plataforma un joven de gran nariz, de anteojos que dejaban ver una mirada altiva y burlona y de aspecto apocado y tristón.

Desde que dijo «General», comprendimos que hablaba con autoridad de quien piensa y sabe que lo obedecen.

Zarco pidió el establecimiento de la guardia nacional, la abolición de los sistemas vejatorios y tiránicos y el cumplimiento del plan de Ayutla.

Vega, todo conmovido, dijo entre sollozos y jipios que aceptaba el plan salvador, que procuraría hacer dichosa á la nación en el corto tiempo que le tocara gobernarla,

pues á él sólo le convenía entregar ese depósito sagrado en las manos que ella escogiera. Y terminó: «habrá guardia nacional; ella es la hermana del ejército, ella será el apoyo del orden y la libertad.»

(Vivas á la libertad, á la guardia nacional, al soldado de Palo Alto y la Resaca).

Zarco tomó de nuevo la palabra y pidió la libertad de don Manuel García Aguirre, preso por haber dado su voto contra Santa Anna en el plebiscito de Diciembre,

y la del coronel García Rebollo, acusado de haber protegido la fuga de don Ignacio de la Llave.

Los aplausos sofocaban la voz del General, que ordenaba á un ayudante ocurriera á poner libres á esas víctimas del santanismo.

Cuando bajamos, ebrios de satisfacción, rebosando amor á todos, y dispuestos á llamar hermano al mismo Bonilla si le encontrábamos á tiro, nos sorprendió un espectáculo con que no habíamos contado: oradores



D. FRANCISCO ZARCO



improvisados, demagogos, hidrófobos, sedientos de popularidad, se habían encaramado en guardacantones, habían requisado carros y hablaban de destruir todo y acabar con todo.

El más excitado, lo recuerdo muy bien, era el ex-polizonte Nicolás Cuevas, que gesticulaba como un convelido, dejando caída por la espalda la cabellera alborotada y abundantísima.

Hasta donde estábamos Covarrubias, Sánchez y yo, sólo llegaban frases, voces aisladas y sin unión... «La justicia del pueblo...», «la concusión y el agio...» «Lagarde que con su lujo insultaba al trabajador...» «que el fuego las purifique...» «Lares, Bonilla, Aguilar...»

En eso oímos una voz: la imprenta de *El Universal* está ardiendo.

Corrimos á la calle de Cadena y vimos alzarse llamas que barrían el suelo, lamían las paredes de las casas inmediatas, y se elevaban silbadoras como entonando el himno de la destrucción y del ultraje. Los peinazos, los cajetines, las ramas, los soportes de las prensas ardían ó estaban desperdigados por el suelo; por el suelo yacía inmensa cantidad de letras y cuadrados, de tipos de madera y de bronce, de llaves y planchas de unión; por el suelo estaban papeles en cantidad incalculable: *Universales, Diarios, Ordenes, Heraldos, Omnibus, Siglos*.

Levantamos uno de aquellos papeles, y anunciaba

la derrota de Alvarez en el Coquillo y la próxima extinción de la canalla; alzamos otro y era el extraordinario con que se había reseñado la fiesta del Conde de la Cortina en honor de S. A. S....

Vimos correr á la gente y nos acercamos á la casa de Lizardi, en la calle del Colegio de Niñas.

Habían forzado las puertas y varios pelados con caras de demonios echaban desde los balcones cuanto encontraban.

En una hoguera ardían sofás, mesas, sillas, escribanías, secreteres.

De pronto, á la luz ya escasa del crepúsculo, vimos tres bolas de fuego rodar por el pavimento entre gritos y silbidos: eran tres coches que habían sacado de la casa del dictador, en la calle de Vergara.

Allá nos encaminamos, y vimos una inmensa luminaria alimentada constantemente por lo que los devastadores echaban desde los balcones. Cuando nosotros llegábamos se acudía á la hoguera con una alfombra riquísima de una sola pieza; á poco, descendió un bargueño incrustado de nácar; luego cayó un péndulo con música, que tocó un fragmento de no sé qué sonatilla cuando iba en manos de uno de los ejecutores populares, y repercutió largamente al romper su delicada máquina en el montón de escombros. Parecía una persona que se quejaba dolorida.